

LAS CASAS DE BÉCQUER

Itinerario turístico de Bécquer en Madrid

por Ariel Conceiro



El mayor desafío del hombre es dar asiento al corazón, encontrar un territorio propicio a ojos, caricias, sentimientos y necesidades. Los obstáculos son múltiples y, la mayoría de las veces, resultan determinantes para acabar consumiendo la vida dentro de un pequeño y castrador ataúd. El matiz material del asunto es innegable. Sin embargo, nadie es tan necio como para imaginar que sólo con dinero se puede comprar el perfecto y apropiado arca de nuestro corazón. Existen tantas y tantas circunstancias que provocan que un hogar sea acogedor o no. Hay que buscar algo que ejerza de balanza. Pueden ser el amor, las drogas, el vino, la televisión, el trabajo, el conformismo, la salud, la risa o el pan de cada mañana. También hay quien tiene todo y no tiene nada. Y quien busca un hogar al rebufo de un sueño o quien busca una casa al abrigo del amor.

El joven Bécquer, con dieciocho años, después de largas e interminables veladas a orillas del Guadalquivir junto a sus amigos Campillo y Nombela, alumbrando sueños y construyendo fantasiosos castillos, decide salir de su Sevilla natal y viajar hasta una ciudad que piensa le va a abrir las puertas de la fama y de la celebridad. Para ello se enfrenta a su madrina, la misma que con su biblioteca le ha metido en las venas toda la Edad Media. Y, joven, impulsivo, lleno de sueños, no duda en romper con la que,

hasta esa fecha, se podía considerar su madre. Gustavo anhela gloria y sabe que en Sevilla no la puede conseguir porque, bajo la implacable y severa Giralda, sólo se ve pintando acuarelas para los ingleses que visitan la ciudad. El viajar hasta Madrid se convierte en una necesidad vital, en algo que remueve sus tripas y le empuja cada mañana. Sin embargo, necesita dinero para llegar hasta la capital y darse a conocer, antes de recibir todos los contratos, éxitos y aplausos del mundo, que llegarán a él orgullosos, lascivos y raudos. Y como doña Manuela, su madrina, no le da ni un céntimo para el viaje, acude a su tío Joaquín, quien, a regañadientes, le ofrece ciento cincuenta pesetas. Treinta duros que se convierten, a los ojos del idealista Gustavo, en el pasaporte a la belleza y a la fama. Se despide de sus amigos y con cuatro pertenencias (el genio va siempre con él), compra el billete más barato (sesenta pesetas) y se prepara para un larguísimo y tortuoso viaje subido en la baca de la diligencia Sevilla-Madrid. Frío, miedo y angustia desaparecen de su mente. Allí sólo hay cabida para la ilusión, para, como en algún lugar ya ha escrito el propio poeta, *ráfagas argentinas* de quimeras. Las noventa y tres leguas que separan ambas ciudades son cubiertas por la diligencia (siempre con el entusiasmado Bécquer en la baca, junto a maletas y demás bultos) en setenta horas de alucinado, peligroso y cansado viaje, contando con las treinta y siete paradas

que tiene que realizar el vehículo para cambios de tiro, comida y engrase.



El poeta ya está en Madrid. Y en su bolsillo le quedan sólo 90 pesetas. Para sus dieciocho años, dieciocho duros son todo un mundo. Está seguro de que no va a tardar en encontrar, como Miguel Ángel o Leonardo, un deslumbrante y prodigioso mecenas, un príncipe renacentista, un dios castizo de versos nonatos, sabe que todo el público espera sus obras, intuye que todas las muchachas de Madrid se van a rendir al calor de sus versos. Además, los sauces de Sevilla van con él a todas partes. Igual que el olor de la ciudad que le vio nacer y el recuerdo de su madrina, a la que ya no volverá a ver.

Lo que no sabe el joven Gustavo es que acaba de poner los pies en el infierno. Y él, inteligente y sensible, va a darse cuenta muy pronto. Más tarde escribirá en una de sus obras: “Ya estamos en la Corte. He necesitado que me lo digan y me lo repitan cien veces para creerlo. ¿Es esto Madrid? ¿Es éste el paraíso que yo soñé en mi aldea? ¡Díos mío! ¡Qué desencanto tan horrible! El sol llega trabajosamente al fondo de las calles, cuyas casas parecen castillos; ni un mal jaramago crece entre las descarnadas junturas de las piedras”. Julio Nombela, al que continuamente habrá que acudir, nos comenta en sus *Impresiones y Recuerdos* que su amigo Gustavo se había imaginado magnificencias y grandezas donde, como solía decir la gente de entonces, sólo había un corral de vacas.

Pero llega el momento de buscar un refugio, un hogar, un sitio donde la inventiva de Bécquer, como la de Byron, Hoffmann o Scott, se dispare y ofrezca a todo el mundo el caudal de sorpresas que atesora dentro de sí. Todavía con la ilusión intacta, Gustavo Adolfo Bécquer se hospeda en una miserable pensión de la calle Hortaleza. Con ella empieza un interminable rosario de pensiones y hogares más o menos inmundos que hoy en día tienen el honor de haber recibido entre sus brazos al poeta más insigne del siglo XIX. Porque Bécquer, desde su llegada el 1 de noviembre de 1854 a Madrid (a un Madrid convulso, todavía no recuperado del pronunciamiento de julio, con episodios tan relevantes como la Vicalvarada) va a convertirse en vecino de Madrid ya hasta su muerte (salvo alguna pequeña estancia en Soria, Veruela y Toledo). Es algo que fácilmente podemos ver en el (falso) itinerario del primer Bécquer en la Corte que se desprende de la copia de la partida matrimonial que obra en los libros parroquiales de San Sebastián de Madrid, donde celebró su matrimonio:

“...En seguida, pareció el que expresó ser el contrayente, a quien yo, el Notario, recibí juramento que hizo, según derecho ofreció decir verdad, y preguntado, dijo: se llama don Gustavo Adolfo Bécquer, literato, natural de la ciudad de Sevilla, hijo de don José Domínguez y doña Joaquina Bastida, difuntos, que reside en esta Corte hace diez a once años, feligrés de San Sebastián como dos meses, viviendo calle del Baño número diecinueve; antes en San Martín, plazuela de Santo Domingo, tres meses; antes en San Luis tres años, calle de Hortaleza número treinta y cinco, y antes en otras calles y casas, que no recuerda por haber estado siempre de huésped, por cuyo motivo le deben faltar varias matrículas; que se mantiene soltero y libre, sin haberse casado ni dado palabra para ello sino a la contrayente doña Casta Esteban y Navarro, a quien hace un año se la dio, y se la quiere cumplir casándose con ella, sin que lo estorbe impedimento alguno para este matrimonio; y no goza de fuero militar; toda la verdad bajo el juramento hecho en que se afirmó, ratificó, lo firmó, doy fe,

Rubricado: Gustavo Adolfo D. Bécquer.

Ante mí, Nicolás Bachiller.

La sucesión de pensiones y hogares es tan prolija como azarosa y.... falsa. Gustavo miente aunque, como ya veremos, no le faltan motivos para ello. Desde su primer hogar en la pensión de Hortaleza hasta la fecha en la que se celebra el matrimonio (el 19 de mayo de 1861) el poeta ha pasado por muchas pensiones, ha dormido, incluso, en algún banco del Paseo del Prado, ha tenido que recurrir en ciertos momentos al auxilio de algún amigo que, amablemente, le ha acogido en su casa. Lo que sabemos, con toda certeza, es que Gustavo Adolfo Bécquer lleva seis años y medio en Madrid (ni diez, ni once años) y, como dato más significativo, conocemos sobradamente que de los seis años y medio casi cuatro los vivió Bécquer en la calle Visitación, número 8, hogar que de forma consciente y premeditada “olvida” el poeta en su peculiar juramento ante el notario.

¿Por qué Gustavo Bécquer (vamos a intentar dejar poco a poco el Gustavo Adolfo de reminiscencias monjiles y de sabores a culebrón venezolano: todos los amigos y parientes le conocieron como Gustavo) se olvidó de su hogar de la calle Visitación? El lugar, no lo olvidemos, bajo cuyo techo el poeta escribió sus inmortales Rimas, las poesías que hicieron cambiar la literatura española. El motivo no puede ser otro que el de olvidar algo que el poeta sabe bien que es inolvidable. De todas formas esto, todavía, no es la historia de un desamor sino el recorrido semiturístico por los hogares de Bécquer en Madrid.

Estábamos en 1854. Bécquer acaba de llegar de Sevilla y se instala en una pensión de la calle **Hortaleza** donde tiene que pagar seis reales diarios (los cálculos que hace el poeta son rápidos: puede alargar hasta dos meses los 18 duros; suficiente para hacerse famoso con su pluma).

Vuelve a tomar la palabra Julio Nombela:

“... A las nueve de la mañana del siguiente día fui a verle, y una zafia doméstica de

las que en aquellos tiempos sólo podían servir en las casas de huéspedes baratas, me condujo por un estrecho y oscuro pasillo, y deteniéndose ante una puerta:

- Este es el cuarto del joven a quien usted busca. Llame usted a ver si está despierto y le deja entrar.

Gustavo, que me esperaba y sin duda había oído la poco culta indicación de la maritornes, abrió la puerta y me tendió los brazos.



Entré en el cuarto, que era muy reducido y sin más luz que la que penetraba por una ventana que daba a un estrecho patio. Un catre con un colchón, una mesa cubierta con un tapete muy deteriorado, una palangana de peltre sobre un pie de hierro, un jarro con agua al lado de un cubo, los dos de cinc, y dos sillas de Vitoria componían con el baúl que había traído el huésped el ajuar de aquel modesto cuarto de estudiante. Una de las sillas reemplazaba a la ausente mesa de noche y sobre ella estaba aún una palmatoria de metal blanco con un cabo de

bujía que había alumbrado la noche anterior”.



A pesar de todo, Bécquer no se desanima. Ese mismo día, pide a Nombela que se siente en la silla de Vitoria y durante cuatro horas le cuenta sus proyectos fantasiosos, sus sueños de un futuro que ya le está llamando a la puerta, le muestra, de manera provocadora y desnuda, sus ínfulas de Chateaubriand. Con la perspectiva que da el ominoso tiempo sabemos que sus proyectos no eran otra cosa que rayos de luna colándose en la inmunda habitación. La zafia maritornes le despertará por primera vez y le expulsará del paraíso, apremiando al poeta para que vaya a comer puesto que “es la una y media y los otros huéspedes ya están sentados a la mesa”. La cruel realidad sigue dando puñetazos al cándido poeta.

Y el tiempo avanza de forma cruel. Y los ansiados y esperados éxitos no llegan. Y el dinero se termina. Menos mal que siempre están los amigos. En Madrid se ha encontrado con Luís García Luna, sevillano como él, y le lleva hasta una pensión de la calle de **la Paz**, que le había recomendado directamente su prometida Carolina. La pensión está regentada por doña Soledad, también sevillana, pequeña, bondadosa, servicial y muy limpia. Doña Soledad había enviudado unos años atrás y, para aumentar su corta pensión, se decidió a establecer en su domicilio una casa de huéspedes. Sin embargo, su carácter generoso estaba reñido con el negocio. Cuando Gustavo se queda sin recursos, la buena mujer le abre

amistosamente las puertas de su pensión. Bécquer ha encontrado en la Corte una nueva madrina, tan aficionada como doña Manuela a echar sermones a sus jóvenes huéspedes. La vida continúa. Pero Gustavo va cayendo, poco a poco, en la cuenta de que sus sueños están sustentados sobre unos cimientos de cristal y la vida va convirtiéndose en algo tremendamente fatigoso de llevar.

Bécquer, de todas formas, no se queja (al menos delante de sus amigos) y vive sostenido por el proyecto de sus obras, pasando el tiempo en un estoicismo que a todos sorprende y manifestando una altiva postura de señorito andaluz autosuficiente capaz de soportar la mayor de las penalidades, algo que admira tremendamente a todos los que le rodean (“La vida que hacía Bécquer era monótona y triste; pero como la tristeza era su elemento, ni se afligía ni se quejaba”). Sin embargo, los espejos son crueles y las noches muy largas. En la soledad de sus múltiples “hogares”, acompañado por el frío y las arañas, tiene tiempo para, entre lágrimas, sofocar su decepción, sus incipientes sensaciones de fracaso:

*Llegó la noche y no encontré asilo;
¡y tuve sed!...
¡y tuve hambre!...
Yo era huérfano y pobre...
El mundo estaba
desierto... ¡para mí!*

No es extraño que, con este panorama, todas las mañanas salga temprano de su mugrienta zahúrda y se lance por los rincones de Madrid, registrando parajes castizos, anudando sensaciones perdidas, buscando el olor de su infancia que había quedado atrás, en la cálida y fragante Sevilla.

Mientras tanto, sigue rodando de pensión en pensión, durmiendo muchas noches en algún banco del Paseo del Prado o siendo recogido como un pordiosero por algún amigo como Federico Alcega, un antiguo compañero de San Telmo, que ahora vive en la calle Atocha y que

durante un tiempo le acoge en su casa al enterarse de lo precario de su situación. Es un momento en el que, además, la cólera hace estragos en Madrid, ensañándose, entre otros, con Narciso Campillo que tiene que regresar a Sevilla. Por esa época continúa escribiendo y, sin él saberlo, esperando a su Julieta, sustentado tan sólo por una mísera jícara del chocolate más claro y barato y por dos o tres pedazos microscópicos de pan francés.

A finales del año 1855, con algo de dinero de su tío y con la promesa de recibir mensualmente una pensión mientras no logre ganar lo indispensable para su sostenimiento, aparece su hermano Valeriano, con sus lápices de colores y su alegría permanente, para dar vida y luz a la inmundicia, desangelada y decepcionante pocilga de su vida. El cielo parece volver a sonreír a Bécquer. Es el momento de buscar otra pensión y la elegida resulta ser una modesta casa de huéspedes de la **plaza de Santo Domingo**. Es el preludio del cielo y el infierno: a partir de 1856 se traslada a la calle Visitación, en el piso cuarto de la casa número ocho, un verdadero caserón, donde, gracias a los dibujos que hace su hermano, pueden ir sobreviviendo mal que bien.

Por esta época, mientras está implicado de lleno en la redacción de la "Historia de los Templos de España", tiene las fuerzas (y el dinero) suficiente para alquilar un pequeño local en la calle de la Torrija que sirve como administración de la mítica obra templaria y donde pasa mucho tiempo entregado a la Historia de los Templos y a tocar el piano. Es otro más de los refugios que acogen el inflamado alma del poeta.

Hemos llegado al año 1858. Bécquer tiene 22 años y lleva ya cuatro en Madrid. No ha conseguido ni dinero ni reconocimiento. Ha subsistido a base de mendigar, traducir folletines, escribir libretos para zarzuelas, pintar, redactar artículos de moda, ecos de sociedad y hacer de todo un poco. De todo menos

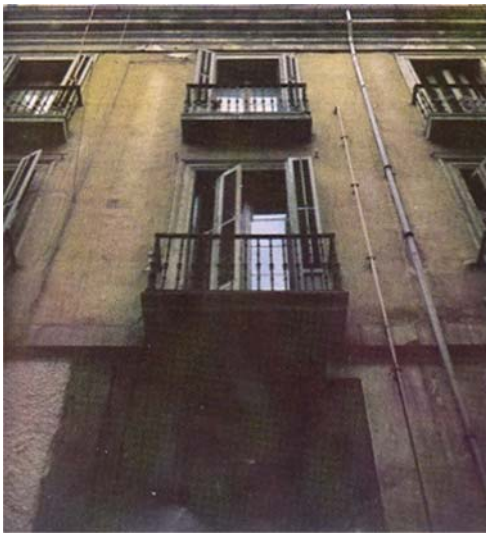
escribir lo que su desbordada fantasía le exige.

Es el momento de que aparezca en su vida un balcón y una mujer, es el momento de que se alce el telón y surja el enigma infinito.

La intrahistoria particular de las inmortales Rimas va a nacer, en realidad, en una casa en la que nunca vivió Bécquer pero donde sus ojos descansaron (y murieron) demasiadas veces. Es la casa, el balcón (la historia de los balcones ya llegará) que siempre miraba Bécquer, donde alimentaba sus musas y engordaba su alma romántica, donde acabaría cebando su melancolía y clavando estocadas de niebla a su maltrecho corazón. Y es que los paseos de Bécquer por el viejo Madrid, a partir de 1861, tuvieron siempre el mismo itinerario, la ruta de plata que siguen, de forma autómatas, sus viejos zapatos negros, mal remedo de milenarias aves incansables y tercas.

Bécquer se sentaría en algún desvencijado banco y miraría a un balcón, el mismo que algún día le hizo soñar y le enseñó a ser feliz. Gustavo, hundido en una comprensible y feroz melancolía, atacado por las golondrinas que nunca iban a regresar, pensaría en todo aquello que pudo ser y nunca fue. En la calle Justa vivía su amada Julia Espín. Y en la calle Justa acabaría viviendo para siempre el poeta. Además, para aureolar a los juguetones dedos del destino, la historia de esta calle está emparentada con el mundo mitológico que tanto amaba Gustavo. En esa calle, tiempo atrás, vivió una mujer (Justa) en una casa adornada y abastecida por un mágico pozo. Cuenta la leyenda que, en una ocasión, de él surgieron dos basiliscos horrendos que con sus envenenadas miradas causaron la muerte de una joven. Desgraciadamente, años más tarde, al igual que en una mala película de terror, la historia iba a repetirse, esta vez

en la piel de un joven y frágil poeta. Además (no es una casualidad, estoy seguro), a la casa daba una tapia del cementerio de ¡la Buena dicha!. Con el tiempo (tras la muerte de Bécquer) la calle pasó a llamarse calle de Ceres, aunque hubiese sido más apropiado que se hubiese llamado calle de Venus porque, poco a poco, comenzó a llenarse de burdeles (seguro que tampoco se trata de una casualidad). En la actualidad, es conocida como la calle Libreros. Lo cierto, en todo caso, es que en una casa de esta calle, durante una época, acudió el joven Gustavo con sus poesías para dar y regalar.



El amor, por supuesto, acabó dándole una patada bajo la dolorosa e intrincada forma de unos versos de sangre en el transcurso de unos años salvajes, de unos años bárbaros. La casa de la **calle Visitación** va a ser testigo, después de una tremenda enfermedad que había fustigado el frágil cuerpo del poeta, del nacimiento de las inmortales Rimas, los pequeños poemas, casi quejidos flamencos, que nacen con la belleza de la amada, con el encuentro del amor, siguen con el desencanto, con la llegada del orgullo y de la tragedia (pintada sin alzar la voz, mordiéndose los labios) y desembocan en la angustia y la nostalgia, en el desamparo y la muerte. Es el momento en que la realidad se convierte para nuestro poeta en

una insoportable monotonía que hace apetecible el dolor porque es el único testimonio de vida que le queda a Bécquer. Eso es Gustavo Bécquer en la calle Visitación.

Los amigos intentan salvarle del naufragio. Le sacan a pasear, le llevan a tertulias, a fiestas de la alta sociedad, a casas de putas (muchas veces hay pocas diferencias entre ambas) y, finalmente, toman la decisión de casarle.

Gustavo había decidido abandonar la calle Visitación (cuando el amor te da la patada no es aconsejable permanecer en sitios que te recuerdan constantemente la vieja felicidad) y acaba huyendo a una pensión de la **calle del Baño**, número 19, donde servía Casta Esteban. Posiblemente Gustavo ya conociese a la jovencita pues no en vano era la hija del médico don Francisco Esteban, que había tratado al poeta en una de sus crisis (el doctor Esteban era especialista en problemas de ojos, de los que siempre padeció Bécquer y, conviene no olvidarlo, de enfermedades venéreas). El matrimonio, impulsado por todas partes menos por la del propio interesado (aunque tal vez, para olvidar el dolor, él mismo decidió libremente refugiarse en los brazos de alguien), se celebra con extrañísima precipitación. La realidad es que Gustavo Bécquer inicia la cuenta atrás de su definitiva muerte. El poeta bohemio apremiado por las cargas familiares y por el dolor se convierte poco a poco en un burgués y su casa Visitación, su casa melancolía, se transforma en un cómodo hogar con una par de criadas, algo que encandila a la mujer del poeta. Se instalan en el número 80 de la **calle Atocha** y, aunque con altibajos, viven en la aburrida opulencia burguesa. Todos los datos que tenemos de esta época coinciden en lo mismo: Bécquer no es feliz. Algo que resulta perfectamente lógico si consideramos el hecho de que en Atocha 80 vivía Julia Espín, vivía de una forma simbólica, por supuesto, anclada (de continuo, noche y día) en el pensamiento de Bécquer. El hogar, en esas

circunstancias, sólo podía ser un infierno. El mismo poeta ya había avisado de ello en la única poesía que dedicó a su esposa:
*tú prestas nueva vida y esperanza
a un corazón para el amor ya muerto*

Algunos amigos (aun coincidiendo en el carácter triste del hogar) tiran balones fuera e insinúan que Bécquer no es ni desgraciado ni dichoso: únicamente pasa más tiempo en un mundo ideal que en el mundo real. Lo que sí dejan traslucir todos ellos es que en ese mundo ideal tan sólo viven Bécquer y Julia Espín.

Y como un volcán semidormido llega el día en que el hogar de Bécquer explota: por causas internas (el infierno familiar desemboca en una ruidosa y penosa separación matrimonial) y por causas externas (la revolución de 1868). Los hermanos Bécquer pierden sus empleos y becas y deciden exiliarse a la cercana y amada Toledo. Van dos hombres separados, dolidos, derrotados, y con ellos cuatro niños, dos de Valeriano y dos de Gustavo. Lo que ellos no sospechan siquiera es que hay una luz al final del camino. Lástima que el camino sea, siempre, tan corto y taimado.



No tardan en volver a Madrid y, en 1869, tras regresar de sus habituales baños en la costa norteña, se instalan en las afueras, en el **barrio de la Concepción**, en la Quinta del Espíritu Santo, un hotelito con un bello jardín en la parte delantera y un huertecito detrás con árboles frutales, donde se entretiene Gustavo cultivando fresas mientras Valeriano pinta. Bécquer

parece recuperarse poco a poco, entregándose a la vida solitaria y contemplativa que tanto ama y desea, pero a la vez recibiendo en su casa a todos los amigos que se pasan en animada tertulia las horas muertas junto a los dos hermanos. Son Augusto Ferrán, que poco antes había estado en la cárcel de Alicante por dirigir un periódico liberal, Manuel del Palacio, rehabilitado tras su destierro en Puerto Rico, y, por supuesto, Rodríguez Correa que por entonces vivía en Claudio Coello, en unas casas de su adinerado amigo Salamanca (Luís García Luna había muerto el año anterior). Incluso poco después Ferrán se decide a comprar un hotelito contiguo y se instala en él con una catalana de nombre Bienvenida.

La alegría, de alguna forma, parece regresar a Bécquer, quien cuando no juega con sus pequeños hijos y sobrinos, cultiva sus queridas fresas, o recibe a sus amigos, dibuja junto a su hermano y urde mil y un proyectos. La zona, además, es famosa por estar llena de bailes y merenderos donde acuden los jóvenes de Madrid con sus cánticos, guitarras y alegría. La vida de Gustavo Bécquer parece tomar un respiro. Sin embargo, Valeriano muere.

El dolor, a quien tan bien conoce Gustavo, regresa y se instala definitivamente en su corazón. Correíta, no queriendo que Gustavo permanezca más tiempo en la misma casa (es el efecto Visitación del que antes hablábamos) se le lleva a un segundo piso del mismo Claudio Coello 7 donde él vive. Sólo tres meses va a durar el poeta en su nuevo hogar, tres meses que fueron la antesala del viaje final. Algún amigo que le visitó, ante la desgraciada situación que vivía, deseó fervientemente que muriese de una vez. Es la famosa casa descuidada de la que todos hablan, el cuarto en desorden y la compañera del poeta que no sabe hablar de nada (porque Casta volvió con Bécquer tras la muerte de Valeriano). Es Gustavo, solo, enfermo, triste, muerto en vida, entregado a la desesperación sorda. “¡Oh, qué triste fin, qué horrible martirio para

quien nació con alas de águila y debía morir como el último de los más pedestres!”.



Por fin, el 22 de diciembre, muere Gustavo Bécquer. Podemos y debemos de pensar que era la única salida que tenía ya para intentar ser feliz y para encontrarse de una vez por todas con su amada y olvidar los hogares en los que derramó su

corazón e hizo florecer la poesía más exquisita y sentida jamás escrita a golpe de tintero. Todos sus biógrafos y amigos hablaron de habitaciones sucias, de pobreza y hambre, chinches y miserias, camas destartadas y tinieblas permanentes; sin embargo, a partir de ahí, de una vida de fracaso, Bécquer supo pintar un mundo luminoso habitado por mujeres de fantasía, incorpóreas e intangibles, poblado de campanillas azules, visitado, en fin, por brumas nórdicas, por invisibles anillos, por desconocidas ciencias, por perfumes misteriosos, por vanos fantasmas de nieblas y luz, por espíritus sin nombre. Es otro enigma Bécquer. Es el milagro Bécquer.